

La modernización en las relaciones EE. UU. - América Latina durante la administración Kennedy: una mirada a la luz de Norbert Elias

.....
Modernization in the USA-Latin America
relations during the Kennedy Government:
An approach under the light of Norbert Elias

Carlos Quinche Castaño*

Universidad Nacional de Colombia

Resumen

Los conceptos de compromiso y distanciamiento desarrollados por Norbert Elias permiten identificar un “círculo vicioso” en el que determinados niveles de compromiso emocional con respecto a los procesos de la realidad, están estrechamente relacionados con la incidencia de elementos de carácter fantasioso dentro del pensamiento humano. Las limitaciones del tipo de conocimiento que provee respuestas inmediatas y explicaciones emocionalmente satisfactorias sobre las experiencias humanas de la naturaleza y la sociedad, revela su inadecuación a la realidad en el bajo nivel de control que los hombres pueden tener sobre los procesos que experimentan. En lo que respecta a los procesos de la naturaleza, dicho “círculo vicioso” fue superado tras el surgimiento del pensamiento científico moderno. Sin embargo, mientras las sociedades desarrollan una forma más distanciada de comprender los procesos de la naturaleza, al mismo tiempo, incrementan sus niveles de compromiso con respecto a los fenómenos sociales. Este ensayo, pretende examinar la dinámica de este “círculo vicioso” en el pensamiento sobre la sociedad, enfocándose en el papel que la teoría de la modernización desempeñó en las relaciones entre los Estados Unidos y Latinoamérica durante el gobierno de J. F. Kennedy y a lo largo de la ejecución del programa de la Alianza para el Progreso.

Palabras clave: compromiso, distanciamiento, “círculo vicioso”, modernización, desarrollo, Alianza para el Progreso, Guerra Fría.

.....
Artículo de reflexión.

Recibido: mayo 6 de 2009. Aceptado: mayo 22 de 2009.

* Sociólogo y máster en Historia de la Universidad Nacional de Colombia.
caquinche@unal.edu.co

Abstract

The concepts of involvement and detachment developed by Norbert Elias allow us to identify what he calls a “vicious circle”, where certain levels of emotional involvement regarding the processes of reality are related with the influence of fantastic elements in human thought. The restrictions set by that kind of knowledge, which provides immediate answers and emotionally satisfactory explanations about human experiences of nature and society, reveals its inadequate character in the low level of control that humans can have on the processes they undergo. Regarding the processes of nature, such “vicious circle” was overcome with the rise of modern scientific thought. However, as societies develop a more detached way to understand natural processes, their involvement levels regarding social phenomena increase. This essay intends to examine the dynamics of such “vicious circle” the social thought, focusing on the role that theory of modernization played in the relations between the United States and Latin America during the government of J. F. Kennedy and throughout the development of the Alliance for Progress program.

Key words: involvement and detachment, social “vicious circle”, modernization, development, Alliance for Progress, Cold War.

I

La forma cómo los individuos experimentan todo aquello que afecta sus sentidos, así como el significado que atribuyen a sus percepciones, depende del conocimiento y de la forma de saber que la sociedad a la cual pertenecen ha alcanzado a lo largo de su evolución. Dicho conocimiento y tal forma de saber involucran, no solo una imagen del mundo y una determinada manera de reflexionar sobre él, sino también deseos y emociones que intervienen significativamente en las relaciones que los individuos establecen con la naturaleza, con otros individuos y consigo mismos.

El grado de incidencia de tales deseos y emociones en la reflexión sobre la experiencia de los procesos naturales, sociales e individuales, determina, según Elias, el grado de compromiso o de distanciamiento que existe en la interrelación entre los individuos y los objetos y fenómenos presentes en la realidad que los rodea¹.

En términos absolutos, no es posible afirmar que la actitud de una persona sea totalmente distanciada o totalmente comprometida, pues el comportamiento de los adultos de todas las sociedades se encuentra en una escala que oscila entre ambos extremos. No obstante, advierte Elias, el nivel de desarrollo social determina siempre que el comportamiento de los grupos o los individuos tienda en mayor o menor medida hacia alguno de dichos polos (Elias, 1990, p.12).

1. Los términos *compromiso* y *distanciamiento* fueron desarrollados por Norbert Elias en un artículo que apareció por primera vez en septiembre de 1956 en la *British Journal of Sociology* bajo el título *Problems of involvement and detachment*. El texto fue revisado y reelaborado en alemán por el propio Elias entre 1977 y 1978, añadiendo breves comentarios y ampliaciones, y solo modificando algunos términos utilizados en la original versión inglesa.

En el caso específico de su relación con la naturaleza, las sociedades han recorrido un largo camino desde el predominio de concepciones emocionales, egocéntricas y animistas, que Elias denomina como mágico-míticas, hasta la elaboración de formas de pensamiento y herramientas conceptuales de carácter científico, las cuales suponen niveles superiores de distanciamiento. Gracias a un proceso histórico de desarrollo social, el conocimiento sobre los fenómenos de la naturaleza deja de estar determinado por los temores, deseos y fantasías humanas, transformándose en una forma de saber más realista en la que dichos fenómenos son entendidos como procesos relativamente autónomos, independientes de los observadores humanos, completamente impersonales, y con regularidades immanentes que es preciso descubrir².

Aunque dentro de las sociedades contemporáneas, formas distanciadas de pensamiento aún coexisten con otras formas de percibir la naturaleza más comprometidas, los individuos de estas sociedades han aprendido a aproximarse a los fenómenos naturales de manera mucho más realista que en el pasado, renunciando a satisfacciones emocionales e intelectuales de corto plazo a cambio de un conocimiento más acorde con la realidad, mayor control sobre los procesos de la naturaleza y mayor seguridad frente a las amenazas que emanan de ella (Elias, 1990, p.17).

De acuerdo con Elias, a pesar de la relación histórica y de la coexistencia entre el pensamiento científico y otras formas de pensamiento más emocionales con respecto a la naturaleza,

el mayor ajustamiento a la realidad y el mayor valor cognitivo propios de ese modo más realista de aproximación al mundo que hoy en día llamamos “científico” o “racional” se manifiestan en que proporcionan al ser humano mayor poder para dirigir los fenómenos físicos y, sobre todo, para controlar los peligros (Elias, 1990, p. 95).

El dominio de los individuos sobre la naturaleza no humana, el dominio sobre su vida en sociedades y el dominio sobre sí mismos, reflejado en su actitud mental y práctica hacia los fenómenos de la realidad, se

-
2. Elias observa un largo y complejo proceso histórico de desarrollo social entre las formas de pensamiento mágico-míticas y el surgimiento del pensamiento científico moderno, en el cual, las etapas previas al surgimiento de la ciencia moderna no son consideradas de manera simplista como periodos *erróneos* del conocimiento, sino como momentos integrados a la historia general del proceso. Elias niega, por tanto, cualquier supuesta diferenciación entre sociedades “racionales” y sociedades “irracionales”, así como la existencia de formas *únicas* de pensar o conocer. “Y, sin embargo, —señala Elias— a las personas que han crecido con los conocimientos más ricos y, en muchos aspectos, comparativamente más realistas, propios de sociedades más desarrolladas, por lo general, no les es fácil comprender que su propio canon de pensamiento y su propia experiencia de la naturaleza como un proceso impersonal y sin rumbo fijo, pero estructurado, no son más que un producto tardío de un largo proceso de evolución” (Elias, 1990, p. 75).

encuentran en una constante relación de interdependencia (Elias, 1990, p. 18). Sin embargo, el grado de dominio que los individuos ejercen sobre los procesos de la naturaleza, la sociedad y el yo, varían de una sociedad a otra de acuerdo con su estado de desarrollo, sin que dicho grado de control sobre los tres procesos básicos sea necesariamente uniforme.

En las sociedades modernas, señala Elias, existe un mayor grado de distanciamiento con respecto a los fenómenos de la naturaleza no humana que con relación a los fenómenos sociales. Esta situación se manifiesta en el desarrollo de un tipo de conocimiento que le ha permitido al hombre dominar con amplitud los fenómenos de la naturaleza, sin que hasta ahora haya conseguido desarrollar una forma semejante de saber con respecto a los fenómenos derivados de sus propias relaciones en sociedad.

Al decir de Elias:

paradójicamente, el constante aumento de la capacidad del ser humano para percibir las fuerzas de la naturaleza de forma más distanciada y gobernarlas en mayor medida, unido a la paulatina aceleración de este proceso, ha aumentado las dificultades del ser humano para ampliar de manera similar su dominio sobre procesos de cambio social y sobre sus propios sentimientos hacia estos (Elias, 1990, p. 20).

Las sociedades modernas se caracterizan por una progresiva complejización de las interrelaciones entre los individuos, lo cual implica que la seguridad y la satisfacción de las necesidades de las personas llegan a depender cada vez más de otros. Paralelamente, de la dinámica propia de estas mismas interrelaciones se desencadenan procesos sociales que se superponen a los individuos y sobre los cuales no existe total comprensión ni dominio.

Según la concepción de Elias:

como antes lo estuvo en su relación con fuerzas no humanas, ahora el hombre se ve cada vez más a menudo frente a fenómenos y problemas de las relaciones humanas que —en el estado actual de los medios de que dispone el ser humano para aproximarse a ellos— escapan a su control. Sin comprender el carácter de las transformaciones, provocadas pero no planeadas por seres humanos, estos se ven constantemente obligados a adaptarse a ellas y a resolver como pueden resolver los problemas que plantean. Y, puesto que esas transformaciones suelen acarrear ventajas imprevistas para unos y desventajas para otros, en su devenir producen una y otra vez tensiones y conflictos entre grupos que, al mismo tiempo, están ineluctablemente unidos entre sí (Elias, 1990, p. 21).

Para Norbert Elias, la Guerra Fría representó un caso paradigmático que mostraba con claridad la interdependencia de los niveles de dominio humano sobre los procesos individual, social e interestatal. En la estructura de interrelaciones constituida alrededor de la confrontación entre

los dos grandes bloques, el sociólogo alemán observó la estrecha relación existente entre el enorme grado de peligro que los seres humanos llegaron a representar para sí mismos, los elevados niveles de compromiso que en tales circunstancias impregnaron las actitudes mentales y prácticas frente a los fenómenos sociales, y la consecuente escasa capacidad humana de controlar un proceso no planeado y no deseado que potencialmente desembocaría en una hecatombe nuclear.

Así, en las circunstancias sociales del mundo de la segunda mitad siglo xx, atravesadas por la amenaza latente de la guerra atómica, se manifiesta una dinámica circular general entre los niveles de inseguridad producidos por los acontecimientos no planeados pero generados por las relaciones humanas, los grados de compromiso existentes en las interpretaciones sobre dichos acontecimientos, y el nivel de dominio sobre los fenómenos y los procesos sociales.

La peligrosa situación que implicaba el ir a la deriva hacia la guerra nuclear, impuso la urgente necesidad de esquemas teóricos que ofrecieran satisfacción intelectual y emocional inmediata. Formas de interpretación de la experiencia que integraran deseos, prejuicios, sentimientos e imágenes idealizadas sobre sí mismos y sobre los otros; y modelos explicativos que permitieran develar supuestas intencionalidades ocultas tras el proceso, para determinar así las causas de la crisis. En condiciones semejantes, esta clase de pensamientos y conocimientos cargados de sentimientos y emociones, llegan a considerarse completamente racionales y orientados hacia la realidad.

Durante los años sesenta del siglo xx, cobró forma una problemática interrelación entre ideologías sociales, teorías sociológicas y planes de acción social, de la que resultaron no solamente esquemas explicativos para los fenómenos propios de la época, sino también, propuestas encaminadas a dar solución inmediata a los urgentes problemas del mundo.

El presente ensayo constituye una reflexión en torno al papel que una particular teoría de la modernización cumplió en las relaciones entre los Estados Unidos y América Latina durante la administración Kennedy, tomando como referencia los planteamientos teóricos de Elias en torno al compromiso y al distanciamiento en la interpretación de los fenómenos y procesos de la realidad social.

El momento histórico en particular permite observar la relación entre la dinámica de interdependencia entre las naciones, la situación de peligro y confrontación global, el desarrollo de esquemas de interpretación de los fenómenos y procesos sociales basados por completo en supuestos ideológicos, y los intentos por implementar planes dirigidos a controlar el cambio social, fundados en teorías sociales impregnadas por las necesidades y exigencias del momento.

Elias interpretó la dinámica de la Guerra Fría como una figuración en la que los Estados involucrados representaban un serio peligro el uno para el otro, sin que ninguno de ellos pudiera controlar la situación³.

En la medida en que cada bando intentaba aumentar su potencial de poder, y así la esperanza de su propia seguridad, incrementaba la inseguridad y los temores del otro bando. Este, a su vez, incrementaba también su propio potencial y así volvía a crecer la sensación de inseguridad y el temor del bando contrario. Se trataba de una espiral interminable que culminaría en el momento en que el pánico de no poder sostener el ritmo de la competencia armamentista, llevaría a alguno de los bandos a disparar primero.

Elias caracterizó esta dinámica como un “enlace doble”, en el que resultaba imposible controlar de forma duradera los peligros que representaban los seres humanos para otros y para sí mismos⁴.

Elias señala que la capacidad que tiene un Estado para emplear la fuerza física en sus relaciones con otros Estados, determina en gran medida la posición que este ocupa en el orden internacional. La paradoja, se encuentra en que mientras los seres humanos que viven en esas formas de organización política llamadas Estados se hallan más o menos protegidos

3. *Figuración* es el término general para designar la estructura formada por personas interdependientes, bien como grupos, bien como individuos. De acuerdo con Elias: “Todas las sociedades, hasta donde puede saberse, poseen las características generales de figuraciones estructurales compuestas por varios niveles de subfiguraciones, solo una de las cuales está formada por los individuos en tanto que sujetos organizados en grupos, los individuos forman otras numerosas subfiguraciones. Forman familias; y, en un plano más elevado, como grupos compuestos por grupos, poblados o ciudades, clases o sistemas industriales, y muchas otras agrupaciones que se relacionan entre sí y, juntas, pueden formar una figuración global en la que se da un determinado equilibrio de fuerzas —como las tribus, ciudades Estado, reinos feudales o Estados nacionales” (Elias, 1990, p. 45). Las figuraciones superiores pueden presentar estructuras de relación y regularidades distintas a las de las subfiguraciones que la integran, sin embargo, la estructura y desarrollo de la unidad superior determina la estructura y el desarrollo de sus unidades constituyentes, incluso de sus miembros individuales. En efecto, las figuraciones que forman los individuos constituyen el marco de referencia dentro del cual esas personas toman decisiones y actúan siendo sujetas a la fuerza de fenómenos y procesos derivados de sus propias interrelaciones sociales. El concepto de *figuración*, aun en este nivel elemental, permite superar el carácter parcial inherente a las perspectivas atomísticas e hipostáticas sobre los procesos sociales.
4. Las reflexiones de Elias sobre la dinámica de “doble enlace” característica de la figuración conformada por los Estados Unidos y la Unión Soviética en el marco de la deriva hacia la guerra nuclear, se encuentran en un artículo redactado en 1980 y publicado bajo el título *Los pescadores en el Maëlstrom*, el cual constituye una continuación de las ideas desarrolladas en *Involvement and detachment* de 1956.

de los actos de fuerza de otras personas, en el ámbito de las relaciones internacionales no existe una autoridad superior o un monopolio de la violencia legítima que impida que un Estado dotado de capacidad militar superior, vuelque su fuerza sobre otro de capacidad inferior. Solamente un determinado equilibrio de la capacidad militar, es decir, la existencia de uno o más Estados con igual potencial bélico, puede contener la dinámica expansiva de dicho Estado.

Sin embargo, esto no impide que los Estados que se hallan en la cúspide del poderío político, económico y militar, intenten de una u otra forma conseguir y preservar una posición favorable en los territorios más allá de sus fronteras. De hecho, la progresiva expansión de su área de influencia se convierte en condición de su posicionamiento en la jerarquía mundial.

Refiriéndose a la dinámica expansiva que en su momento sostuvieron los Estados

Unidos y la Unión Soviética, Elias señalaba que:

con el transcurso del tiempo, ambos fueron arrastrados hacia una constante expansión de sus esferas de influencia, hacia el control directo o indirecto de países; en suma, hacia la construcción de un dominio imperialista; esto ocurrió simplemente por las exigencias de la figuración que ambos forman, por la dinámica del proceso en el que están sumidos (1990, p. 120).

El entramado de interrelaciones entre los Estados, en el contexto del enfrentamiento entre los bloques comunista y capitalista, adquiriría dimensiones globales de tal forma que, señala Elias,

la lucha por la posición hegemónica entre las potencias que se encuadran en la cima, también determina en gran medida la agrupación de los otros Estados dentro de la pirámide, no sin una cierta reciprocidad, por cuanto también las agrupaciones de Estados menos poderosos influyen sobre el equilibrio de tensiones establecido entre los Estados que se encuadran en la cima (Elias, 1990, p.106).

En este proceso de “enlace doble” sostenido entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, que implicaba una permanente tensión entre las tendencias expansivas y de mutua contención de las potencias enfrentadas, no solamente la espiral de crecimiento del poderío militar cumplía un papel determinante. Pues ciertamente, en esa lucha por extender el área de dominio propio y por contener la expansión de la del bloque enemigo, la ideología también ocupó un lugar de primer orden.

En el proceso de interrelación de los Estados enfrentados, la imagen de sociedad ideal de un bando se hacía más rígida a medida que se contraponía con los defectos o carencias de la sociedad opuesta. Este endurecimiento del antagonismo ideológico se constituyó así en aspecto fundamental de la dinámica del “enlace doble”, pues convertía la imagen idealizada de la propia sociedad y la consecuente idea de superioridad de

esta frente a otras sociedades, en razones cada vez más poderosas para ir a la guerra (Elias, 1990, pp. 126 y 133).

Refiriéndose a las ideologías entonces propugnadas por las potencias en conflicto, Elias advertía que:

la idealización que caracteriza ambos credos sociales, el carácter fantástico de estos, hace parecer que aquí están en juego valores eternos de la humanidad. Mientras que al contemplar la realidad uno se encuentra con dos formas distintas de ordenamiento de la convivencia humana, ambas repletas de defectos y susceptibles de ser mejoradas, las ideologías pintan un cuadro ideal que tiende a velar y a ocultar esa realidad (1990, p.126).

En la interrelación entre la potencia comunista y la potencia capitalista, señala Elias,

ambas partes están inclinadas a creer que su propia sociedad es ejemplo de un ordenamiento social ideal, que es la mejor forma de sociedad del mundo. En ambas partes, las doctrinas sociales dominantes borran las diferencias entre lo real y lo ideal, entre el ser y el deber ser. Hacen que parezca como si ya se hubieran alcanzado un orden social que, en esencia, ya no puede, ni debe, ser mejorado (Elias, 1990, p. 122).

Elias equiparó las doctrinas sociales del siglo xx con las doctrinas religiosas en periodos históricos anteriores, pues al igual que estas últimas, aquellas eran ricas en fantasías, eran expresadas en fórmulas mágicas, estaban ritualizadas, poseían gran valor emocional y tenían funciones sociales integradoras (Elias, 1990, p. 123). Así mismo, estos credos sociales compartían con los credos religiosos una visión teleológica de la historia, la cual fue proyectada sobre todas las naciones del mundo.

La Segunda Guerra Mundial tuvo como una de sus principales consecuencias una profunda reconfiguración de las relaciones internacionales. El mundo quedó dividido en dos grandes bloques políticos y económicos que definieron el contexto en el cual los países emergentes de América Latina, Asia y África cobraron una relevancia y un interés especial para las potencias en conflicto.

Las relaciones entre los Estados y los problemas derivados de estas, trascendieron el plano regional para transformarse en relaciones y problemas de carácter global, de manera que, a pesar de la división general entre dos grandes sistemas, el mundo se amplió en términos políticos, económicos, sociales y culturales.

Como se ha señalado con anterioridad, la Guerra Fría se caracterizó por la interrelación entre dos esquemas de organización política y económica en pugna por su expansión y su mutua contención. Contexto en el cual las dos principales potencias se orientaron a fortalecer el control sobre sus regiones de influencia, a la imposición de sus propias formas de organización institucional y a la proyección de un determinado *deber ser*

sobre otras sociedades, tomando siempre como referente de dicha proyección, sus concepciones, ideologías y teorías sobre su propio *ser*.

Dichas concepciones, ideologías y teorías, relacionadas con el propio *ser* y el *deber ser* de los otros, contribuyeron a moldear las formas de interpretar los fenómenos y procesos del mundo de la posguerra, tanto en las esferas políticas y sociales, como en las esferas académicas, una vez el materialismo histórico se transformó en el sustrato oficial de las ciencias sociales en la Unión Soviética, y las teorías de la modernización y el desarrollo se transformaron en el fundamento teórico y conceptual de los campos de conocimiento sobre las sociedades en los Estados Unidos.

Estos esquemas de interpretación de los procesos sociales de la segunda mitad del siglo xx, ocuparon a su vez un lugar preponderante en la orientación de la política exterior de las potencias con respecto a los países de la periferia y en la formulación y desarrollo de programas políticos, económicos y sociales dirigidos al afianzamiento de estas regiones de enorme valor estratégico dentro de sus respectivos bloques.

Para el caso particular de la relación entre los Estados Unidos y América Latina, uno de los ejemplos más claros de este vínculo entre requerimientos estratégicos, ideología, teoría y conocimiento social, se enmarca en el diseño e implementación del programa conocido como la Alianza para el Progreso (Latham, 2000, p. 25).

A principios de 1961, el teórico de la modernización y consejero para la seguridad nacional Walt W. Rostow, dirigió al recién electo presidente de los Estados Unidos J. F. Kennedy, un memorando en el cual advertía al poder ejecutivo sobre la conveniencia política de lanzar una nueva “década del desarrollo económico”, en la que los países del mundo subdesarrollado lograrían avanzar en su particular proceso de modernización.

De acuerdo con la propuesta de Rostow, mediante una importante transfusión de ayuda financiera, los Estados Unidos podrían guiar a casi un 80% de la población latinoamericana por el camino del desarrollo autosostenido, lo cual, no solo reduciría la pobreza sino que, al tiempo, lograría disminuir la agitación social y la inestabilidad política en la región.

Sin duda, a pesar de la superficie altruista de la propuesta de Rostow, esta tenía como trasfondo una generalizada preocupación por el papel que los países subdesarrollados ocupaban en el contexto global de la Guerra Fría.

Impactados por el éxito del movimiento castrista en Cuba, y principalmente, debido al anuncio hecho por el Kremlin declarando el apoyo del Gobierno soviético a las guerras de liberación nacional en todo el mundo, Rostow y los miembros del *Latin American Task Force* de Kennedy, advirtieron que las condiciones políticas, sociales y económicas de los países latinoamericanos representaban una amenaza potencial para la propia seguridad de los Estados Unidos, en tanto constituían un terreno óptimo para una progresiva penetración del comunismo en el continente.

Esta simple observación, les permitió apoyar la idea de desarrollar e implementar un programa de asistencia que permitiera controlar de

alguna forma las fuerzas del cambio social en los países del hemisferio y contener el avance de la “amenaza comunista” en los países de la región (Latham, 1998, p. 208).

Siguiendo las recomendaciones de su asesor en seguridad nacional y de su equipo de tarea para América Latina, el 13 de marzo de 1961 el presidente Kennedy anunció el lanzamiento de la denominada Alianza para el Progreso, formulando el siguiente pronóstico como resultado a corto plazo del desarrollo del programa:

el nivel de vida de cada familia en el continente americano crecerá; la educación básica será accesible para todos; el hambre será una experiencia del pasado; la necesidad de masiva cooperación externa habrá sido superada, pues la mayoría de las naciones habrán entrado en un periodo de crecimiento autosostenido, y aunque todavía habrá mucho por hacer, cada república americana será rectora de su propia revolución, así como de sus esperanzas y progresos (Citado en: Latham, 1998, p. 211)

De acuerdo con el discurso oficial de la Casa Blanca, la Alianza para el Progreso estaba diseñada para ayudar a las naciones de América Latina a superar su condición de atraso, pobreza e inestabilidad, y para guiar a los países de la región por el camino de los valores democráticos y del crecimiento autosostenido.

El diseño del programa se basaba en el supuesto de que en el proceso de desarrollo económico, político y social de los países latinoamericanos, la participación activa de los Estados Unidos era urgente y necesaria. Así, en el marco de la Alianza para el Progreso y bajo el liderazgo de los Estados Unidos, los países de Latinoamérica deberían avanzar hacia la reforma y la modernización económicas; el fortalecimiento de los gobiernos constitucionales y de los sistemas democráticos; la implantación de eficientes estructuras administrativas, y en la conformación de un sistema equitativo y racional de distribución de la riqueza.

Para alcanzar dichos objetivos, fue anunciada una cooperación por 500 millones de dólares para programas de desarrollo social, integración económica, vivienda, alimentación, salud, trabajo, educación y formación técnica y científica, acompañados de un plan de reformas sociales y políticas dirigidas a adelantar un proceso de “transformación social pacífica” hacia la modernización y el desarrollo (Rabe, 1990, p. 45).

El diseño de la Alianza para el Progreso implicaba soluciones inmediatas a profundos problemas políticos, económicos y sociales perennes en la historia de los países de América Latina, que ahora, representaban para el gobierno de los Estados Unidos un espectro amenazante para la estabilidad regional.

Ciertamente, condiciones como la generalizada situación de miseria e inequidad en los países latinoamericanos; los constantes problemas y las graves deficiencias de sus sistemas políticos; la formación de movimientos de fundamentación revolucionaria; la proyección de Cuba como

potencial modelo de desarrollo y, especialmente, el anuncio de Moscú en junio de 1961 avalando las guerras de liberación nacional en los cinco continentes, acentuaron la prevención del gobierno norteamericano con respecto al grado de vulnerabilidad que frente al avance comunista tenían los países del hemisferio.

A tal punto llegaba la sensación de amenaza para la propia seguridad que emanaba de los países del propio vecindario, que la administración Kennedy asignó a Latinoamérica la categoría de ser “el área más peligrosa del mundo”, en consideración de las condiciones internas de los países de la región y de las posibilidades que estas condiciones representaban para una potencial penetración comunista en el continente (Rabe, 1999, p. 50).

En gran medida, al diseño y desarrollo de la Alianza para el Progreso subyacía la “paranoia anticomunista” que durante los años de la Guerra Fría caracterizó la dinámica política interna y externa de los Estados Unidos. No obstante, tras la concepción y ejecución del plan, se encontraba una formulación teórica basada en una imagen idealizada de sí mismos que los Estados Unidos proyectaron sobre el mundo y que desempeñó un papel fundamental en la dinámica de “doble enlace” entre los bloques enfrentados.

Junto al convencimiento de asistir a los países emergentes en su proceso de desarrollo y contrarrestar así las condiciones generadoras de inestabilidad de las “periferias subdesarrolladas”, surgió con especial fuerza en los medios políticos y académicos norteamericanos una teoría de la modernización que, diseñada para la interpretación de los procesos de cambio social en el mundo de la segunda mitad del siglo xx, se fundamentaba en una concepción de carácter ideológico sobre el papel que en la aceleración y dirección de dichos procesos debían cumplir los Estados Unidos (Latham, 2000, pp. 5-10).

La importancia otorgada a las ciencias sociales en la formulación de interpretaciones y recomendaciones sobre la dirección de las políticas estadounidenses con respecto a sus relaciones internacionales, había venido fortaleciéndose desde fines de la Segunda Guerra Mundial, a través de la creación de diversos institutos y centros académicos dedicados a desarrollar investigaciones en el campo del desarrollo y de los estudios de área. Estos institutos y centros académicos, contaban a su vez con una importante financiación tanto de carácter oficial como privado y mantenían estrechos vínculos con dependencias gubernamentales como el Departamento de Estado y con organismos de inteligencia como la CIA (Cummings, 1998, p. 156).

Aunque durante los años cincuenta y sesenta la mayor parte de los fondos para investigación científica fueron destinados fundamentalmente al desarrollo de tecnología militar, algunas organizaciones privadas como las corporaciones Carnegie, Rockefeller y Ford, junto con algunas agencias gubernamentales, impulsaron y financiaron centros de investigación como el Programa de Estudios sobre Rusia de las Universidades de Harvard y Columbia, el Centro de Estudios Internacionales del Instituto

Tecnológico de Massachussets, y de otro buen número de institutos y programas enfocados en los estudios de área sobre la modernización y el desarrollo en diversas universidades a lo largo de los Estados Unidos (Solovey, 2001, p. 175).

De esta forma, durante las décadas de 1950 y de 1960 los problemas estrechamente relacionados con la seguridad nacional demandaron que la academia proveyera conocimiento relevante sobre el mundo, y señalara pautas sobre las formas en que Estados Unidos podría promover y controlar las dinámicas de transformación social en los países emergentes.

De acuerdo con Latham:

Los científicos sociales trabajando por y con el Estado, tanto en el gobierno como en la academia, frecuentemente dirigían estudios económicos, desarrollaban análisis políticos, identificaban peligros y clarificaban opciones estratégicas en formas que tenían un impacto directo sobre iniciativas políticas como la Alianza para el Progreso (1998, p. 206).

En particular, los teóricos de la modernización encontraron en la administración de Kennedy una gran oportunidad de convertirse en *advisers* o *policymakers*, lo cual ofrecía la posibilidad de disponer de recursos federales, lograr alto prestigio profesional y acceder a elevadas posiciones en el campo de la política. Un ejemplo de ello lo representa el propio Walt W. Rostow, quien trabajó durante diez años en el Centro de Estudios Internacionales del Instituto Tecnológico de Massachussets, donde desarrolló su concepto de modernización como arma ideológica en la lucha por contener el avance del comunismo. Posteriormente, Rostow se sumó a la campaña presidencial de Kennedy, siendo luego designado como consejero para la Casa Blanca en asuntos de seguridad nacional (Latham, 1998, p. 207).

Los teóricos de la modernización que hicieron parte de la administración Kennedy y que contribuyeron al diseño de la Alianza para el Progreso, advirtieron que el plan de asistencia para impulsar el desarrollo de los países del hemisferio debía superar el enfoque de la tradicional diplomacia del dólar y no reducirse a una simple transferencia de fondos. La concepción y expansión de una ideología que fundamentara y acompañara la ejecución del plan, y que lograra hacer contrapeso a la ideología del bloque enemigo, resultaba una necesidad de primer orden en la lucha por preservar la estabilidad de la región y mantener a raya la amenaza comunista.

Al otro lado de ambos océanos, la Unión Soviética y la China se esforzaban por propagar y publicitar una doctrina revolucionaria cuya capacidad de persuasión se basaba en ofrecer respuestas y vías de acción frente a los profundos problemas de pobreza, injusticia social y opresión política que afectaban principalmente a los países emergentes. En sí misma, la Unión Soviética resultaba ser un poderoso modelo de desarrollo, pues en un lapso de apenas cuarenta años había pasado de ser un país eminentemente rural, a ser la segunda potencia industrial,

política y militar del mundo. De esta forma, las tasas de crecimiento que mostraba la Unión Soviética preocupaban a los Estados Unidos; tanto por su impacto en el terreno político y económico, como por su impacto propagandístico a nivel internacional.

Bajo estas consideraciones, los miembros del *Latin American Task Force* de Kennedy advertían en su momento que, a diferencia de las potencias comunistas: “los Estados Unidos no han sentado una filosofía clara de sí mismos, y no cuentan con el aparato suficiente para diseminar dicha filosofía” (Latham, 1998, p. 208).

Este problema, relacionado con la carencia de un esquema ideológico que articulara explicaciones, respuestas y soluciones frente a los fenómenos y procesos sociales del mundo que integrara a la vez una imagen de sí mismos lo suficientemente fuerte para contraponerse a aquella que el bando enemigo se esforzaba en proyectar, pretendió resolverse a través de la formulación de una particular teoría de la modernización.

Dicha teoría consistía básicamente en considerar la modernización como un proceso universal, en el que los países subdesarrollados debían estudiar e imitar el transcurso que llevó a los países desarrollados a su posición de vanguardia.

El propio Rostow tenía una metáfora para explicar este sencillo planteamiento. Según el teórico de la modernización, “el desarrollo de las naciones es un poco como el desarrollo de los seres humanos”, pues los países en condición de atraso debían aprender de la experiencia de aquellos que ya habían logrado llegar a la adultez de la modernización. En concordancia, Rostow argumentaba que:

el estudio del desarrollo económico, en cuanto puede considerarse como una ciencia, consiste preliminarmente en la identificación de la secuencia de problemas a resolver y del tipo de esfuerzos para resolverlos que han tenido éxito o han fracasado en diferentes épocas y en diferentes naciones (Latham, 1998, pp. 218-219).

En este esquema interpretativo, los Estados Unidos se ubicaban en la cúspide de la escala histórica del proceso de modernización, representando el referente para determinar la posición, que en dicha escala, ocupaban las sociedades menos desarrolladas. Así, de la misma forma en que el presente de los Estados Unidos constituía aquel estado histórico que las demás naciones debían alcanzar, el pasado estadounidense constituía una guía para las sociedades subdesarrolladas en su propio proceso de transición. La historia norteamericana era, pues, concebida como la ruta modelo hacia la modernidad.

Dentro del enfoque de las teorías de la modernización se pensaba que la investigación sistemática permitiría identificar los factores y condiciones que posibilitaron a los Estados Unidos surgir como “la nación más moderna del mundo”, explicando al mismo tiempo las deficiencias que determinaban el atraso de otras sociedades, y especificar las condiciones en las que conflictos relacionados con el cambio social podrían

desencadenarse. Entonces, la teoría de la modernización constituía un esquema en el que una imagen idealizada de sí mismos, quedaba articulada con las necesidades estratégicas y las opciones políticas de los Estados Unidos.

Dotados de un modelo que consideraban basado en evidencia histórica, los teóricos sociales y los políticos estadounidenses de mediados del siglo XX rescataron muchos aspectos de viejas representaciones para definir la “modernización” como una variable unitaria del cambio social, reclamando para sí autoridad sobre su dirección. Ciertamente, muchos elementos de viejos mitos norteamericanos como el *destino manifiesto*, se hallaban incorporados en estas elaboraciones teóricas sobre la modernización.

La consideración de la situación política, económica y social que mostraba a América Latina como una región altamente vulnerable frente a la penetración y desarrollo de ideas y movimientos subversivos, fortaleció la idea que concedía a los Estados Unidos la misión de impulsar y dirigir el proceso de transición de los países emergentes, proyectando sobre ellos sus valores, el carácter de sus instituciones políticas y económicas, y una concepción del *deber ser* social representado por sí mismos.

Dada la amenaza que representaba una potencial expansión del comunismo en América Latina, los Estados Unidos no debían esperar a que los países subdesarrollados siguieran por sí solos el camino de la modernización. Por el contrario, debían actuar directamente sobre este proceso, precisamente, a través de programas como la Alianza para el Progreso.

Los argumentos derivados de la teoría de la modernización relacionados con los procesos de transición hacia la modernidad; la interdependencia de los cambios económicos, políticos y sociales; la pauta lineal del progreso; la aceleración del desarrollo por medio de la proyección y la transmisión de la experiencia, los conocimientos, los valores y el capital norteamericanos, fueron todos incorporados en el diseño y el discurso del programa para América Latina (Latham, 1998, p. 208).

Pero, a pesar de lo planteado en la teoría y de los grandes objetivos propuestos por la Alianza para el Progreso, la inadecuación del esquema teórico y del plan de acción frente a un complejo conjunto de interrelaciones sociales se hizo palpable en poco tiempo.

La teoría de la modernización y el programa de la Alianza para el Progreso, no pueden desvincularse del contexto particular de la Guerra Fría y, en consecuencia, de los imperativos del gobierno de los Estados Unidos por preservar sus intereses, su seguridad y su papel hegemónico en todo el continente.

La política de Kennedy hacia América Latina no solamente se basó en la idea sobre el papel de guía que teóricamente los Estados Unidos debían cumplir en la promoción y dirección de los procesos de transformación de las estructuras políticas, y de las condiciones económicas y sociales de los países latinoamericanos.

En el contexto complejo de la Guerra Fría, era verdaderamente difícil que la administración Kennedy pudiera eludir, o siquiera atenuar, la fuerte

tradición de asistencia en el plano militar que los Estados Unidos sostenía desde años atrás con los países del hemisferio. Esta dinámica de fortalecimiento de las estructuras militares de los países del continente, en orden a combatir el avance del comunismo no hacia fuera de las fronteras sino dentro de ellas, alteró significativamente la dirección que en un principio se había determinado para el desarrollo de la Alianza para el Progreso.

Aspectos como el replanteamiento de las relaciones con los militares latinoamericanos; la transformación de las fuerzas militares en agentes activos de progreso, y la sólida inculcación del respeto por el poder y los derechos civiles en las fuerzas armadas, se encontraban en el marco de propósitos del programa para América Latina de la administración Kennedy. Sin embargo, en cuanto se mantuvo el esquema de ayuda militar basado en la dependencia, esta vez, con un cambio de enfoque hacia la seguridad interna de los países, y se fortalecieron los programas de formación de personal militar en áreas como el manejo de equipos especializados, el uso de técnicas de interrogación y de inteligencia, el control de disturbios urbanos y el combate antisubversivo en zonas rurales, el efecto fue diametralmente opuesto a aquel que en un principio se había planteado.

Junto con la asistencia financiera y militar de los Estados Unidos, la “paranoia anticomunista” se transmitió y se fortaleció en todos los países de Latinoamérica, configurándose un ambiente de agitación social, de limitaciones y violaciones generalizadas de los derechos civiles, y de fuerte estímulo a las aspiraciones al poder político de los sectores militares. Todo ello, en el marco de una lucha anticomunista que, exigida y aplaudida por el patrocinador, era llevada a graves extremos por parte de los patrocinados.

Adicionalmente, el propio gobierno de los Estados Unidos mantenía un estado de reserva y prevención frente a determinadas políticas que implicaran posibles nacionalizaciones o expropiaciones de medios de producción, aún en el propio marco de la Alianza para el Progreso, actitud que compartían las elites locales frente a las iniciativas reformistas que pudieran amenazar los intereses privados (Rabe, 1999, pp. 160-167).

En el marco de la Alianza para el Progreso, se generaba una profunda tensión entre la política para el desarrollo y las políticas relacionadas con la seguridad, la lucha contrainsurgente y la preservación de intereses privados nacionales y extranjeros en América Latina. Los efectos de estos desequilibrios, dieron lugar no solo a cuestionamientos en torno al programa, sino a críticas dirigidas a su propia fundamentación teórica.

La idea consistente en que el contacto de las sociedades atrasadas con las sociedades desarrolladas aceleraría su proceso de transición hacia la modernización, tenía como trasfondo la urgente necesidad de los Estados Unidos por afianzar su predominio en el hemisferio, lo cual exigía el fortalecimiento de las relaciones de dependencia de los países latinoamericanos en el plano político, económico y militar.

Las propias interrelaciones entre los Estados Unidos y los países subdesarrollados imposibilitaban que el contacto entre las sociedades

“rezagadas” en el proceso de modernización y aquella que se consideraba el modelo de dicho proceso, tuviera los efectos teóricamente concebidos. Dichas interrelaciones, implicaban condiciones políticas, económicas y militares marcadamente desiguales; grandes intereses políticos y económicos, y posiciones contradictorias frente a cualquier iniciativa de carácter reformista. Todo ello, dentro de la estructura global de interrelaciones entre los países en el marco de la Guerra Fría.

El riesgo latente que para la propia seguridad de los Estados Unidos representaba la que entonces era concebida como “el área más peligrosa del mundo”, junto con la teoría de la modernización y toda su carga ideológica, dio lugar al diseño e implementación de un plan concebido como una solución inmediata a problemas urgentes. Dadas estas condiciones, la situación interna de los países de Latinoamérica y sus relaciones con los Estados Unidos fueron vistas desde una única posición comprometida que implicaba una ideología basada en un universalismo fantasioso.

La teoría de la modernización como esquema interpretativo y fundamentación teórica, y la Alianza para el Progreso como programa de acción inmediata, eludieron la observación de una estructura dinámica y compleja de interrelaciones entre y al interior de los países; plantearon soluciones voluntaristas a corto plazo, para hondos problemas colectivos, a la vez que no reconocieron las particularidades de distintas, impredecibles y variables sociedades en términos políticos, sociales y culturales. El resultado fue el fracaso de la teoría de la modernización como teoría del cambio social y de la Alianza para el Progreso como tentativa para “controlar” los procesos de transformación de las estructuras sociales.

III

La década de 1960 representa un momento especialmente significativo para abordar desde una perspectiva histórica los conceptos de compromiso y distanciamiento formulados por Norbert Elias. Ya que nunca en la historia se había evidenciado mayor grado de interdependencia entre las naciones; nunca los procesos y fenómenos sociales habían logrado semejantes dimensiones globales; nunca los seres humanos habían representado la más importante amenaza para ellos mismos; nunca había sido tan fuerte el papel de la ideología como teoría social y nunca las ciencias sociales habían logrado el *status* político y social que entonces alcanzaron.

Los procesos que se desarrollan al nivel de las relaciones interestatales y que inciden dentro de los procesos sociales al interior de los Estados mismos, son producto de la dinámica de la estructura de interrelaciones sociales en ambos niveles. Se trata, por tanto, de procesos ciegos que no obedecen solo a determinadas voluntades, y que a pesar de ser resultado de la actividad social del hombre, escapan al control del propio ser humano. Para Elias, la “deriva hacia la guerra nuclear” representó un ejemplo fehaciente de dichos procesos que, resultantes de las relaciones entre individuos, se ciernen sobre ellos como fenómenos coercitivos e incontrolables.

Situaciones semejantes inciden significativamente en la forma de interpretar la experiencia; cumplen un papel decisivo en la orientación del pensamiento. De acuerdo con Elias

Si el peligro que un grupo humano representa para otro es elevado, lo más probable es que también sea elevado el grado de emocionalidad del pensamiento, su contenido fantástico. Si la carga de fantasías del pensamiento y los conocimientos es elevada y, por ende, su ajustamiento a la realidad es bajo, también será reducida la capacidad de ambos bandos para controlar la situación, con lo cual el peligro y temor mutuos se mantendrán en un nivel elevado, y así *ad infinitum* (Elias, 1990, p. 128).

La situación de peligro hace que los compromisos emocionales sean prácticamente inevitables, conllevando a la incapacidad de observar distanciadamente la dinámica de interrelaciones sociales; orientando el pensamiento a la formulación de teorías emocionalmente satisfactorias y reduciendo las posibilidades de dominio sobre la dirección de los procesos. Todo ello, dentro de un círculo vicioso que durante muchos siglos caracterizó la relación del hombre con la naturaleza no humana y que en la actualidad caracteriza la relación del hombre con su propia sociedad.

La teoría de la modernización constituye un producto directo de la Guerra Fría, siendo la contraparte de una ideología que de manera semejante ofrecía explicaciones y soluciones inmediatas a los fenómenos y problemas de las sociedades contemporáneas.

Estas ideologías, transformadas en teorías sociales, sirvieron a su vez para dar nuevo *status* a las ciencias relacionadas con el estudio de las sociedades, en un momento en que los requerimientos estratégicos de las potencias enfrentadas exigieron de estas disciplinas científicas un conocimiento “adecuado” a las realidades del mundo de la posguerra.

Es entonces cuando el gobierno de los Estados Unidos opta por fortalecer su margen de inversión en el adelanto de estudios de área e investigaciones sobre el desarrollo, convirtiendo a los científicos sociales en *advisers* o *policymakers*, y transformando el trabajo académico en fundamento para el diseño de estrategias y políticas oficiales. La “modernización” apareció como un concepto en el que intereses políticos e intereses académicos quedaron articulados en una relación de profundas repercusiones para el desarrollo del conocimiento científico sobre la sociedad.

Elias reconoce que los científicos sociales no pueden dejar de tomar parte en los problemas políticos y sociales de su sociedad y de su época, ni evitar verse afectados por ellos. Sin embargo, esto no implica que irremediablemente sus investigaciones tengan que estar determinadas por ideales sociales o políticos.

Los compromisos de todo tipo en las ciencias sociales impiden el desarrollo de esquemas explicativos procesuales y a largo plazo, pues se concentran en los problemas urgentes de la sociedad y orientan el pensamiento en la búsqueda de respuestas inmediatas, que generalmente

consisten en el señalamiento de determinadas intencionalidades. Estos compromisos suponen un abordaje parcial de los fenómenos de la realidad social, en tanto no observan el entramado de interrelaciones de los que tales fenómenos son resultantes.

En el estado actual de las ciencias sociales no existen límites para el compromiso, pero sí para el distanciamiento, pues este puede amenazar la pertenencia de un científico social al grupo del cual hace parte, puede representar un riesgo para el grupo mismo e incluso, puede llegar a afectar el estándar de vida de los individuos que lo constituyen.

Al observar la forma cómo las ciencias sociales se convierten en escenario de confluencia de conceptos y teorías relativamente emocionales, las cuales corresponden a tensiones sociales y políticas del momento, y transforman a los científicos sociales en comprometidos defensores de determinadas causas sociales, el propio Elias se pregunta:

¿cómo podría evitarse, bajo estas circunstancias, que su experiencia de sí mismos como representantes de un credo social y político que puede estar en peligro, como miembros de una nación, un partido, una iglesia o una secta que pugnan con otros grupos semejantes, esté fuertemente marcada por emociones, por su compromiso personal? [...] ¿Pueden los científicos sociales contribuir a resolver problemas de importancia, así sean problemas específicos de su propio grupo, de su propia nación, clase social, profesión, etc., si utilizan artículos de fe canonizados o normas de uno u otro de estos grupos como fundamentos evidentes de sus teorías, de manera que los resultados de la investigación ya están determinados de antemano y destinados a confirmar ese conjunto de creencias y valoraciones del grupo, o, cuando menos, a no ir en su contra? (1990, p. 27).

Elias reconoce que en las ciencias sociales no han faltado ni faltan intentos por distanciarse de posiciones sociales comprometidas o por desarrollar marcos conceptuales que rebasen el corto plazo. Sin embargo, advierte que:

como ya se ha dicho, actualmente casi todas las doctrinas sociales, casi todos los programas de acción social y no pocas teorías sociológicas se adhieren al supuesto de que todo lo que sucede en las sociedades humanas puede explicarse a partir de acciones voluntarias, de actos y decisiones intencionados de individuos o grupos de personas (Elias, 1990, p. 129).

El compromiso emocional tiene como principal consecuencia el orientar el pensamiento hacia la búsqueda de explicaciones de carácter *animista*, que reducen la comprensión de los fenómenos de la realidad social a un simple juego de intencionalidades que es preciso “desentrañar”, “descubrir” o “denunciar”.

Y en tanto se considera que la realidad social opera como una permanente lucha entre fuerzas opuestas, la acción propia, urgente y decidida, se convierte en el principal mecanismo de respuesta frente a la actividad de aquellas voluntades “ocultas” tras los fenómenos experimentados y tras los procesos sociales observados. El compromiso se acentúa, y con él, se reduce la capacidad de observar distanciadamente la dinámica de las interrelaciones sociales, así como las posibilidades de dominar los fenómenos resultantes de las relaciones entre los individuos en sociedades cada vez más complejas.

La teoría de la modernización constituye solo un ejemplo de la dinámica de este “círculo vicioso” que las ciencias sociales incluso en la actualidad, no han logrado romper. Ciertamente, aquellas ideologías voluntaristas que alguna vez fueron transformadas en teorías sociales, y más, en conocimiento social, han sido revaluadas y su inadecuación a la realidad ha sido puesta en evidencia por la propia experiencia histórica. Sin embargo, hoy el panorama parece aún más confuso y complejo debido a la existencia de una enorme oferta de posibilidades relativistas, subjetivistas y hermenéuticas que, además de fragmentar *ad infinitum* el objeto de las ciencias sociales, encierran aún más a estas disciplinas en la perpetua dinámica del círculo vicioso.

Referencias

- Cumings, B. (1998). *Boundary displacement: Area studies and international studies during and after the Cold War*. En: Simpson, C. (ed.), *Universities and empire, money and politics in the social sciences during the Cold War*. New York: The New Press.
- Elias, N. (1990). *Compromiso y distanciamiento, ensayos de sociología del conocimiento*. Barcelona: Ediciones Península.
- Horowitz, I. (1967). *The rise and fall of Project Camelot: Studies in the relationship between social science and practical politics*. Massachusetts: Massachusetts Institute of Technology.
- Latham, M. (1998). *Ideology, social science and destiny: Modernization and the Kennedy Era. The Alliance for Progress*, Diplomatic History, Vol. 22, 199-229.
- Latham, M. (2000). *Modernization as ideology: American social science and “Nation Building” in the Kennedy Era*. University of North Carolina Press.
- Rabe, S. (1999). *The most dangerous area in the world: John F. Kennedy Confronts communist revolution in Latin America*. University of North Carolina Press.
- Solovey, M. (2001). Project Camelot and the 1960s. Epistemological revolution: Rethinking the politics-patronage-social science nexus. *Social Studies of Science*, Vol. 31, n.º 2, *Science in the Cold War*, 171-206.

